

Mario Méndez

Brujas en el bosque

Ilustraciones de Leicia Gotlibowski



Mirando hacia el mar, casi de espaldas, el muchacho camina lentamente. Su figura solitaria se recorta contra el horizonte marino. Va abrigado con un largo capote y tocado con un viejo sombrero marinero que le tapa la cabeza y las orejas. Tiritita y trata de protegerse del viento, pero su intento es vano. El viento, fuerte y frío, levanta remolinos de arena que lo golpean y hacen flamear la capa con violencia. El muchacho se detiene y saca un viejo libraco de entre sus ropas, lucha contra el viento que mueve las hojas y lee en voz alta. El rugido del mar no permite que su voz se oiga. Una ola parece levantarse más que las demás. El muchacho cae de rodillas. Como viniendo del agua, una mujer muy bella, el cuerpo ceñido en un traje lustroso y húmedo, levanta una mano. Parece una diosa marina, una sirena que no tuviera cola de pez, una bruja del mar. Su pelo negro flota hacia atrás. Ella camina hacia el hombre arrodillado. Llega hasta él, lo toca en

un hombro y se dispone a decir el terrible conjuro. La arena golpea sus mejillas, su gesto adusto y teatral se descompone, se le ha metido arena en el ojo derecho y se lo frota con el dorso de la mano. De pronto, ríe. Franco se levanta, también tentado, y ahora la imagen se congela en la cara preciosa de Gabriela, con un ojo que le llora, muerta de risa.

Aprieto la pausa y me levanto del sillón. En el televisor, junto al congelado rostro de Gabriela aparece el perfil de mi hermano. Yo grabé eso, hace ya tres veranos. Saco un cigarrillo y me dirijo al escritorio, a buscar el encendedor, que he dejado sobre la breve carta de Franco. No puedo evitar releerla. Prendo el cigarrillo y el humo me entra en un ojo, como la arena en el ojo verde de Gabriela. El ojo me llora, pero no me río. Tengo ganas de que los dos ojos me lloren. Tengo ganas de llorar, me parece. “Voy a buscarla”, dice en el final la nota de Franco. No dice mucho más. No hace falta.

Vuelvo a mirar la imagen congelada en el televisor, aprieto el stop del DVD y releo la carta. Hace un rato me ha llamado la tía Sara. Sara ya no busca a Gabriela, como si estuviera convencida de que Gabriela reaparecerá cuando ella quiera. Yo no lo entiendo. Yo prefiero buscar.

11

Cuando nos aburríamos, ese verano, salíamos a caminar por la playa. Caminábamos, mi hermano y yo, durante largos ratos, hablando de nada, soñando despiertos con algo que nos cambiara la vida o, al menos, que nos conmoviera un poco, que nos sedujera: que nos sacara de la modorra familiar a la que nos habían atado mi padre y su nueva esposa, simpática ella, y buena, sí, pero bastante aburrida. Y es que no estábamos en Mar del Plata, ni mucho menos en Gesell o Pinamar: estábamos en Costa Boscosa, un emprendimiento que mi papá y su socio habían comenzado cerca de Claromecó, una especie de country marino con apenas tres o cuatro casas recién construidas que estaba resultando, por el momento, un rotundo fracaso.

Franco, mi hermano, acababa de cumplir catorce años, dos menos que yo. Tenía la cara llena de granos y se enfermaba hasta ponerse verde cuando en alguna pelea yo lo molestaba con el fácil y clásico apodo

de “Choclo”. Era alto o, más bien, largo; era el típico adolescente que no se acostumbra a su cuerpo, el adolescente de manual que está incómodo con sus huesos demasiado grandes, su espalda medio encorvada, los nuevos calores a los que no sabe cómo responder. Yo sabía bien lo que era todo eso, no porque lo hubiera superado del todo pero sí, creo, porque ya empezaba a salirme un poco. Yo ya era casi “un muchacho”, como decía Bettina, la señora de papá, sobre todo cuando me sorprendía molestando demasiado a Franco y, por extensión, a ella y a su marido, que era nuestro padre, claro.

—Gustavo, dejate de embromar con tu hermano, querés —ordenaba mi papá y yo le tiraba un cachetazo medio en broma medio en serio a Franco y lo dejaba de molestar por un ratito. O no: a veces la seguía, en voz baja, para que ni mi padre ni Bettina se dieran cuenta, “Choclo”, “Choclito” canturreaba y Franco me corría por las escaleras. Pero no siempre era así: en realidad, y para tratarse de dos hermanos en plena adolescencia, yo creo que nos llevábamos bastante bien, casi diría que extraordinariamente bien. Tal vez porque éramos los dos únicos habitantes de Costa Boscosa de menos de treinta años y si no contábamos con el otro no sabíamos qué hacer.

Todo esto que cuento, esto que menciono como “ese verano” pasó hace apenas tres años, pero a veces me parecen siglos. Ya no soy un adolescente, aunque

quizá siga siendo “un muchacho”. Mi hermano, no lo sé. Como tampoco sé qué es Gabriela que, pensándolo un poco, es la verdadera protagonista de esta historia que no sé por qué tengo ganas de contar. Que no sé siquiera si voy a terminar. La historia que podría titular como la novela de Franco, de su amor y de su hermano, el traidor. Yo.





Gabriela se metió en nuestras vidas, ese verano, en un atardecer de esos en que, aburridos, salíamos a caminar con Franco por la playa. Caminábamos por entre los médanos, mirando el mar y hablando pava-das. Se me había ocurrido que con la cámara digital del viejo podíamos hacer una película, una especie de documental sobre Costa Boscosa. Franco me cargaba. Decía que podíamos presentarlo en el festival inter-nacional del aburrimiento, que quizás nos ganara un documental sobre cómo se hacen los barquillos, o los pirulines. Franco era bastante ingenioso cuando esta-ba de buen humor.

Después de caminar un rato largo nos sentamos mirando la costa. Mi hermano me había convencido de que un documental iba a ser muy aburrido y em-pezamos a tirar ideas para hacer un corto argumental.

—Uno de aventuras —dijo Franco—. Podría ser un desembarco en la playa, una invasión.

—O de ciencia ficción —propuse yo—, que los invasores sean seres de otro planeta, con antenitas, tipo cargada.

—Una de terror —acotó una voz a nuestra espalda. Los dos dimos un salto, sorprendidos.

La que había hablado era Gabriela, una morochita de más o menos nuestra edad —después ella nos dijo que justo en el medio, quince casi recién cumplidos—, con dos trencitas cortas, una remera azul bastante ceñida que insinuaba un cuerpo bien formado, pecas y lentes. Y unos preciosos ojos verdes detrás de los cristales.

—Hola, yo soy Gabriela —dijo, con una vocecita suave y agradable—. Acabamos de llegar, estamos en la casilla rodante que se ve allá, detrás de los pinos. Pensamos quedarnos unos días. Y me revienta que me digan Gaby.

Yo sentí muchas ganas de decirle “hola, Gaby”, por supuesto, pero no lo hice. Mi hermano se había puesto bastante colorado, aunque trataba de disimularlo. Hice las presentaciones.

—Él es mi hermano, Franco, podés decirle Franky, Franquito o Francucho, que no se enoja. Yo soy Gustavo, Gus, Gusty, Gustavito o Gustav, como vos prefieras. La verdad hace tanto que no hablamos con nadie de nuestra edad, que no nos importa nada. ¿No, Frank?

—No, claro —respondió mi hermano—. Está linda la casilla. ¿Y el auto?

—Es un jeep, mi tía Sara se lo llevó a Tres Arroyos, no sé qué le pasó al alternador o algo así.

—Mi viejo, bueh, nuestro viejo, es el que está construyendo, o piensa construir acá, si alguien compra. Dentro de unos años esto va a ser más famoso que Miami.

Gabriela captó la ironía enseguida, pero no contestó. De entrada nomás me pareció que yo le había caído mal, como medio agrandado. Se dirigió a Franco.

—Está buena la idea de la película. Yo puedo trabajar, si ustedes quieren.

—Seguro —dijo Franco—. Habría que ponerse a escribir.

—Ya, si les parece. En la casilla tengo un cuaderno. ¿Quieren venir?

Nos levantamos de inmediato, en simultáneo, sin contestar. Claro que queríamos ir. No nos pasaba nada emocionante, ni siquiera algo más o menos interesante desde hacía un mes y medio. Gabriela era un regalo del cielo, una bendición. O al menos eso pensamos en aquel momento.

